

*Fernando Savater*

APOLOGÍA  
DEL SOFISTA

*taurus*



*bolsillo*

## APOLOGIA DEL SOFISTA

«—Los Lobos nunca saben que son Lobos —suspiró el Ciudadano Boyne—. Los peces probablemente se creen pájaros, y usted evidentemente piensa que es un Ciudadano. Pero ¿hablaría un Ciudadano como usted lo está haciendo?»

—Pero ¡ellos nos van a matar!

—Entonces ¿por qué no está usted componiendo su poema de muerte?»

(F. POHL y C. M. KORNBLUTH, *La lucha contra las pirámides*.)

Ciudadanos:

Cuál sea la impresión que en vosotros han dejado mis acusadores, no lo sé; de mí sólo puedo deciros que los he escuchado con cierta fascinación y que no pienso incurrir en el rasgo de mal gusto que tuvo, en un trance semejante a éste que ahora vivo, aquel viejo enemigo de la sofística, que los tildó de mentirosos y reservó la verdad como característica de su propio discurso; si recordáis sus palabras —seguro que sí, pues hoy ya son populares— Sócrates dijo, o Platón se lo inventa, que su discurso no sería bonito ni bien trabado, como el de sus acusadores, pero que sería verídico, a diferencia del de éstos. Opuso así aquel astuto sátiro la verdad al estilo y eligió aquella frente a éste: por eso no escribí y por eso, pese a la habilidad de su inventivo cronista para reproducir la palabra hablada, hay algo que no acaba de sonar bien en ese Sócrates leído, pero no escuchado. Mi caso es diferente: los discursos de mis acusadores distan de ser estilísticamente estimables, pero son ciertos; yo, en cambio, no poseo más verdad que la verdad de mi estilo. Lo cierto pretende serlo para todos: es lo vulgar, al menos en su intención. Quizá vosotros os sintáis lo suficientemente fuertes como para exigir lo especial, lo re-

servado exclusivamente para vosotros —lo que, de cualquier modo, sería ya una forma de pactar con lo falso. En todo caso, yo sólo quiero daros lo *mío*, lo que yo puedo vivir y vivificar de algún modo, lo más arrebatadamente personal que, por eso mismo, es lo único digno de ser publicado: ese texto que se presenta ya de entrada como interpretación, para no ceder ante las interpretaciones «objetivas» de los otros. Antes, pues, de alborotaros y cerrarme la boca porque no pretendo decir la verdad, preguntaos a vosotros mismos si os conformaríais con menos que una mentira.

No pienso, pues, negar la verdad de las acusaciones que se me hacen: en modo alguno debe considerarse este discurso como un intento de exculpación. Quien necesita defenderse, no lo merece. Lo que deploro no es que se me acuse, sino carecer de un fiscal de mi talla. Esta apología condenatoria es lo que ese acusador ideal hubiera debido decir; aunque si lo hubiera dicho, no sería fiscal sino sofista y todo el proceso se transformaría en una farsa; no, para que la cosa adquiriera autenticidad, es preciso que yo mismo detalle la magnitud de mis crímenes. A diferencia del comadrón de ideas absolutas, acepto la veracidad de los cargos que se me hacen: por eso elegí el ambiguo nombre de «sofista», para firmar esta apología; pero también es notoria la distancia que me separa del profeta de Galilea, dado que yo exijo mi culpabilidad y no me limito a soportarla tan sólo, y, por eso —y con la segunda intención de contentar a quienes asistan a este acto por aquello de que les «enseñen» algo de un autor de moda—, bien pudiérais suponer que me llamo Federico, el Anticristo.

La tarea que me propongo será, en primer lugar, examinar las acusaciones que se me hacen, no para negarlas, sino para señalar hasta qué punto se quedan cortas, y dejo para después explicaros las dificultades que tendréis para cumplir vuestra sentencia más grave. Y es que ocurre lo siguiente: una vez enunciados los cargos que se me hacen —que son, los recuerdo quizá superfluamente,

los de *ateísmo, nihilismo e immoralismo*— no faltará quien entre vosotros se suponga, en su fuero interno para evitar enfadosas consecuencias, ateo, nihilista o inmoral, lo que quizá le lleve a predisponerse en mi favor y ser benévolo a la hora de dictar sentencia; no parece ocioso, pues, aclarar el sentido de cada una de esas acusaciones y mostrar que ninguna tiene las comúnmente simpáticas connotaciones que probablemente han llevado a mis oyentes a abrazarlas, evitándose de este modo una indeseable atenuación de vuestro veredicto justiciero.

Por ejemplo, no faltará quien entre vosotros se proclame *ateo*, entendiendo por tal apelativo que carece de toda creencia en divinidad alguna y que rige su albedrío por el seguro dictamen de la ciencia. Tal ciudadano, indudablemente, me considerará víctima de la superstición y el oscurantismo, se pondrá de mi lado y quizá llegue hasta absolverme. Pero cometería un lamentable error en su apreciación, que me agradecería despejar. ¿Cómo no considerarme supersticioso a mí, que en verdad creo en *todos* los dioses, incluso en Aquel que proclamándose único dios hizo morir de risa a los demás? Negados los dioses que la carne de los hombres conocía desde hace tanto tiempo, quedó la gran ausencia dejada por su marcha y a esta ausencia de los dioses se llamó en Occidente: Dios único. Pero la ausencia de los dioses incita de inmediato a crearlos: el politeísmo es siempre la religión del porvenir. Cada uno de mis deseos conoce a su dios o dioses; lo crea, lo transforma, lo adora y blasfema de él; son los dioses punto de referencia de mis deseos y también su perdedero. Si yo pudiera ser algo, sería un *teórico*, un hacedor de dioses y así mi definición coincidiría con la que el clásico dio del temor. Sócrates, que en la ausencia elegida de sus deseos trató de establecer la unidad de la ausencia como un contenido positivo, insistía en preguntarse: «¿Qué es la belleza?» y no comprendía —fingía no comprender, al menos— mi respuesta: «Una mujer hermosa». Nada más obvio, sin embar-

go: no había por mi parte incapacidad para entender lo general, sino una clara visión de que lo general nunca es apetecible, ni por lo tanto bello, pues el deseo necesita todas las notas únicas, irrepetibles, que aporta el azar. Ausentes todas las determinaciones del encuentro fortuito, sólo queda sustantivar la ausencia, una vez alejado el deseo: tal era el método socrático, como Platón nos lo cuenta. Es el camino que lleva a agrupar la infinitud azarosa de las incidencias en conceptos únicos y estables, la incesante multiplicidad de los deseos en la unidad de una sola alma que dice «yo» y la risueña catterva de los dioses en el gran vacío de ese dios ya sin nombre propio —o con un nombre impronunciable— que sólo quiere ser llamado Dios Unico. Pero cuando el yo es incapaz de soportar su identidad, cada vez más improbable, los dioses muchos están ya cerca, retornan para cada uno, para mí.

Supongo que esta declaración me habrá hecho perder las simpatías del ateo científico, si es que alguna vez las tuve. En realidad, la idea de ciencia que él sostiene es uno de los más sólidos altares del Dios Unico, cuya existencia garantiza la verosimilitud estable de todo cálculo. En la ciencia, la razón es aún pequeña: no vive la contradicción como algo real, sino que la excusa por motivos técnicos (el estado actual de los conocimientos, etcétera...). Obviada así la contradicción, ya no hay diversidad real ni pluralidad que no sea ilusoria; llegar a comprender esto es dar un paso más, que los científicos no están en disposición de dar, pero que no arredró a Spinoza o a Hegel. En cualquier caso, tratar de establecer, como la religión pretende, una relación directa entre cada gesto o cada amanecer y la muerte del hombre —con el terrible abismo que abre «hacia atrás»— me parece mucho más interesante, incluso más lúcido, que atenerse a la serie causal sin comienzo ni fin, es decir, *sin pregunta* por el comienzo o el fin.

Por otra parte, tampoco descarto que entre vosotros se cuente alguno que suponga a sí mismo más o menos

*nihilista*, tal como se dice que yo soy. También éste se sentirá inducido a exculparme de una condición que cree compartir conmigo. Algunas precisiones sobre el asunto disiparán el malentendido, si lo hubiere. Es muy probable que quien se proclame nihilista entienda por tal denominación el hastío por toda acción, el desdeñoso apartamiento de cualquier toma de partido —tras haber estado adscrito quizá, y con excesivo entusiasmo, a alguna rígida bandería política o religiosa—, la morbosa complacencia en el «¿para qué?» universal que nos traen los vientos que soplan desde Oriente, levantando frecuentemente polvaredas en las huecas y abarrotadas cabezas occidentales. En una palabra, se llaman nihilistas los partidarios del *Gran Bostezo*, sesteando perpetuamente en la postura del loto y confundiendo el aburrimiento con la nirvana. De vez en cuando, alguno sacude su modorra —pues la quietud fatiga también, y más que otros ejercicios— y se atarean en colocar una bomba aquí o allá, apuñalar a cualquier jubilado o, más modestos, en reventar actos públicos con la emisión entusiasta de ruidos guturales; esparcimientos todos ellos que bien pudieran ser en su circunstancia honestos y oportunos, pero cuya comisión sistemática llega a ser no menos deslucida que tomar el autobús cada mañana para ir a ejecutar un mecánico trabajo en el que nada le va a uno, aparte de unas pocas cochinas pesetas. Pese a no estar en absoluto libre de estas tentaciones, tampoco quisiera disimular ahora mi punto de vista para ganarme el apoyo de los ciudadanos antes mencionados. Aclaro, pues, que privarse de actuar porque se le hundan a uno los grandes valores que alimentaron antaño el desfalleciente corazón, o porque ya se carece de las excusas para vivir mejor urdidas o más prometedoras, es suponer de hecho que no se sabría actuar sin coartadas, que nada me empuja a la acción más que lo que está fuera de mí. No debiera ser el fundamento último del nihilismo lo de que la única pasión activadora es la fe, pues esta opinión nada dice contra la fe y todo con-

tra quien es demasiado lúcido para acatar la exterior que se le brinda y demasiado débil para imponerse otra, creada por él mismo. Es cierto que nada vale, pero sólo para quien no vale nada, es decir, para el incapaz de acatar una tabla de valores que no le sea ajena y caída de las alturas. También es pasión la de la inmovilidad y de las más activas; la indiferencia es uno de los más exigentes ejercicios de la voluntad, no simplemente el acumulado rencor por los fracasos sufridos y el balsámico reposo de los ortodoxos sin partido: mientras no se entienda esto, se ignora la lección fundamental que el budismo puede dar a Occidente.

Por otra parte, sustituir la inacción por las bombas es confiar excesivamente en el Orden, y destaco la mayúscula, suponiendo que lo establecido responde a una especie de pasajero desorden, superpuesto al verdadero y justo Orden; una bomba o dos y volarán las compuertas, entrando el Orden justiciero a reinar triunfante, mientras el desorden establecido se va por la alcantarilla. El terrorismo puro se aviene mejor con la creencia en un orden soterrado, que los malvados de toda laya condenan a no salir a la luz, que con la inexistencia pura y simple de un orden privilegiado, siendo sólo la voluntad histórica la que alumbró o desmiente formas de vida, sobre el fondo informalizable del azar. Por otro lado, nada se parece tanto al Estado, que es violencia pura, como la pura violencia del terrorista, y es que la violencia nunca es gratuita, pues siempre surge el Estado para cobrarle tributo y explicar que todo el mundo pondría bombas si no hubiese Estado. Inútil sería responder que lo cierto es precisamente lo contrario, es decir, que nadie dinamitaría si no hubiese Estado que dinamitar: pues en este mundo nada es tan *explicable*, desde el punto de vista favorable al Orden, como la simple violencia, ya que nunca lo establecido ha sido otra cosa que la racionalización de la violencia existente. Una palabra más, quizá no totalmente innecesaria: quien interprete lo dicho últimamente como una conde-

na indiscriminada de los métodos llamados «violentos» de oposición al orden establecido no ha entendido gran cosa y es de los que, no pudiéndose imaginar a sí mismos más que dominados, *merecen* que les dominen.

Y habrá quien se piense en situación de simpatizar conmigo por lo de *inmoral*, que es palabra grata, con regusto de vino generoso bebido en compañía de esas bellas «sin chales en los pechos y flojo el cinturón», que cantó el bueno de Espronceda. En efecto: ¿quién hoy no cree ya haber acabado con los prejuicios de la moral puritana? No faltarán entre quienes me escuchan los que hayan llegado a la convicción de que el inmoralismo es lo más *eficaz*, sea para gozar sexualmente, o para realizar un buen negocio, ganar una cátedra o «subir» de cualquier modo los resbaladizos peldaños de la sociedad. Inmoralidad suele llamarse a la eficacia desprovista de prejuicios: quien no se confiesa abiertamente partidario, la venera y la envidia en secreto. Preveo, pues, que voy a perder un importante sector del jurado que tenía ganado de antemano, con lo del inmoralismo; sin embargo, mi demonio particular —que no es otro que «el demonio de la perversidad» del que nos habló Poe— me incita a desmentir también esta última ilusión de solidaridad entre algunos de vosotros y yo —y debo advertir que mi demonio, a diferencia también del de Sócrates, nunca me desaconseja ninguna acción y, en cambio, me incita a realizar todo lo que atenta contra la mínima estabilidad que de vez en cuando, y casi siempre por error, alcanzo: sólo quiere mi perdición este fiel amigo y ya le pesa lo mucho que tardo hoy en perderme—. Tomemos como ejemplo la inmoralidad erótica, que es el caso más agradable de comentar; lo haré con las debidas reservas, pues, en nuestra comunidad, predicar de cualquier modo contra una pornografía que sólo conocen los que tienen pasaporte, le emparenta a uno sospechosamente con los editorialistas de *ABC*, y ¡todo menos eso! Pero es el caso que encontrar el sexo como mercancía en una tienda o como programa cuasi-

político en un panfleto, reconozco que me alarma y entristece, en lugar de exaltarme, como alguien podría creer que a mi inmoralismo cuadra. Y es que uno, modesto e ingenuo como el azar le hizo, puso un día algún género de secreta esperanza en esos juegos de brillante oscuridad que nos cuentan Sade o Bataille y, antes, el *Cantar de los cantares*, que también sabía de esas cosas; pobló la adolescencia larga —inacabable, quizá— con todos aquellos ejercicios que uno presentía como amenazadores para la polvorienta seriedad de la clase de ciencias naturales. Pero precisamente esa esperanza inconfesada de antaño fundamenta nuestro escepticismo de ahora: ¿cómo confiar en lo que se vende en una tienda?, ¿cómo desear algo que ya el Estado ni se molesta en prohibir? Las restricciones sexuales de la moral puritana eran indudablemente odiosas, pero al menos garantizaban la existencia de un peligro latente para el orden: hoy todo se regala sin mayor cuidado, como si amando ya no fuésemos capaces de echar nada abajo. Cioran dice en algún sitio que el amor es un pasatiempo destinado a aliviar el intolerable aburrimiento de los domingos de la vida: cuando uno lee *Playboy* le da irremediablemente razón. Ya sé que la tolerancia al respecto no es completa —hablo de otros países; en el nuestro, ni que decir tiene— y que pese a todas las manipulaciones hay algo corrosivo, plenario, *inmanejable* en el erotismo. Algo que está siempre presente en su práctica, pero que se esfuma al proponerlo como programa; quizá el goce debiera liberarse, para triunfar por completo, de la distinción sexual, (y aquí uno recordaría a las «women lib's» que me estén escuchando que la verdadera liberación de la mujer no es otra que liberarse de ser mujer y en ello es simétrica de la verdadera liberación del hombre, que consiste en dejar de serlo). Pero todavía, en las exhortaciones más liberales al respecto, está muy presente el cuerpo codificado, sumiso a la regla antagónica, y reductible en último término a las dos vertientes natural-antinatural, ambas con posibilidades «inmorales» pero

ambas igualmente acatadoras de lo establecido por su oposición misma; pues después de todo, la «perversión» —buscada en tanto que tal— es poco más que la regla vista desde el ángulo del cretino, ya que, a lo más que puede aspirarse cuando hay reglas, es a ser una excepción y eso no es gran cosa, pues la excepción confirma la regla. La sexualidad pervertida se anuncia en los comercios del ramo no como una exaltación del asombro del deseo, sino como un deseo previsto, al que nada asombra; ya no, como en Sade, desafío de la constante elección del cuerpo, diferente a los otros y desmintiéndose siempre a sí mismo, sino cuerpo indiferenciado, no ya radicalmente distinto mas solamente *caprichoso*.

Por otro lado, nada más sospechoso que llamar «eficaz» a lo inmoral. Recordemos a este respecto, que la moral de la «eficacia» es de las únicas respetadas hoy, tanto por los que acatan como por los que atacan (¡sólo una sílaba, ay, de diferencia!) el orden establecido. La eficacia es prenda del hombre que sabe lo que quiere; pero quien sabe lo que quiere, rara vez quiere nada interesante. En cualquier caso, lo que quiere no es puramente su libre querer. Pretendo aquí hacer una distinción, nada ociosa para quienes me han oído relacionar esta apología con Federico el Anticristo: aún hay quien confunde al hombre fuerte, más allá del bien y el mal, con *el triunfador* en la vida, sea verdugo nazi o mercachifle inescrupuloso; grave error, pues en el mundo del «último hombre» en el que vivimos, es la sumisión a la pequeña imagen vital que se propone como meta la que da el triunfo, y dicha imagen —dinero cuando ya no hay riqueza; cátedras cuando nadie es digno de tener discípulos; popularidad en lugar de leyenda; dominio burocrático en vez de poder, etc...— convierte el triunfo en una debilidad que pocos pueden permitirse sin mengua.

Lamento lo antes dicho por los muchos y dilectos ateos, nihilistas e inmorales que me escuchan: pierdo a sabiendas sus votos, pero mi implacable demonio me

obliga a declarar que no me cuento entre ellos, al menos del modo que debiera para ganarme sus simpatías. Y es que, bien mirado, ¿qué ateísmo es ése que sigue respetando la causalidad, la Ley que ordena el universo, aunque ya no la llame «Providencia» o «voluntad divina»? ¿acaso no sigue venerando como lo más alto lo que todas las religiones han venerado?; y ¿qué nihilismo nos proponen ahí, ebrio de dolor por los perdidos valores, que nos prometieron eternos y se han revelado históricos y perecederos?; ¿no confirma su nostalgia y su desesperada quietud el *valor* mismo de esos grandes valores perdidos?; por último, ¿no es el inmoralismo desprejuiciado el sumiso refrendo de una *moral de eficacia*, en la que culmina la positiva positivación de la moral, la pérdida irreversible de su aspecto crítico que siempre amenazó desde la persona oprimida al Estado opresor?

Pero dije al comenzar que yo no pretendía refutar los cargos establecidos contra mí, sino más bien evitar que la ambigüedad de los términos en que se formulan tales cargos lleve a los conciudadanos que me escuchan a incluirme en algunas de las categorías más o menos *instituidas* de disconformes en lo parcial, pero conformes en el suficiente número de generalidades como para poder ser considerados como uno de los pilares, quizá el más paradójico, pero no el menos firme, del dominio reinante. Conviene, me parece, que la condena que vais a dictar contra mí —la ironía de este pronombre personal nos ocupará fructuosamente luego— tenga la amplitud y el alcance debidos, no sea que acabéis por absolverme creyéndome uno de los vuestros o, aún peor, creyendoos vosotros de los míos. No voy a negar, pues, los cargos que se me imputan, pero, dado que he rechazado sus sentidos más habituales, bien pudiera suceder que supusiérais que pretendo escurrir el bulto y declararme implícitamente inocente, tras haber insistido gravosamente en que aceptaba mi culpabilidad; después de todo, tal quiebro y malabarismo dialéctico es precisa-

mente lo que se espera de un sofista. También me propongo desafinar en esto y, mal que bien, voy a explicaros en qué sentido, a mi modo de ver, soy ciertamente ateo, nihilista e inmoral, tal como mis acusadores, con agudeza que indudablemente les supera, supusieron.

A mi modo de ver, los tres cargos que se me hacen son uno y el mismo: ateísmo, nihilismo, inmoralismo... ¿pueden, acaso, verse por separado, como si aludiesen a tres regiones diferentes de lo real? Sería gran ingenuidad ceder en este punto, pues vicia gravemente todo el planteamiento de la cuestión. Quizá esta separación de los tres órdenes sea el fallo más palpable de los ateos, nihilistas o inmorales antes descritos, que se pliegan, sin examen profundizado, a una convención lingüística que, como casi todas, juzga implícitamente la cuestión que supuestamente propone. Lo sustantivo no es tragarse la acusación formulada o rechazarla, sino *interpretar* lo que se pretende significar con tales imputaciones; creo que las tres pueden condensarse en un solo cargo fundamental: se me acusa de que *yo me niego a ir en nada contra mí mismo*. Una de las normas básicas de la violencia organizada llamada sociedad es que cada cual abra un portillo de acceso por el que lo superior exterior a él venga de vez en cuando a someterle; todos debemos ritualmente esperar la llegada del enemigo con mansedumbre, engalanados como para una fiesta, al modo en que la bella víctima espera en la cama, con la ventana abierta y los ajos apartados, la llegada del vampiro que le chupará la sangre. Lo que os parece condenable en mí es que no esté dispuesto a favorecer en modo alguno esa invasión que debiera someterme.

Y así, mi ateísmo será el rechazo de un Absoluto Real que yo no soy, de una *persona* que monopolizase la noción misma de personalidad, que me fijase en un yo eternamente responsable, tal como El desde la eternidad se ve ligado a su identidad. Tal Dios sería el único capaz de establecer unos valores que ni mi goce ni mi fuerza han elegido en modo alguno, valores a los que de-

bería someter mi irreductiblemente libre diferencia, sin contradicción ni variedad; en rechazar tales valores consiste mi nihilismo. Pues tales valores, de dos cosas, una: o van contra lo que en mí crece y asciende, doblegan mi fuerza y me hacen elegir lo que para mí es arrastrarme, mutilarme, la muerte en suma, o coinciden con lo que yo eventualmente valoro por libre elección en este instante, pero en tal caso pliegan mi peculiaridad a una regla que *podiera* haberse vuelto contra mí, hacen que el bien que elijo sea un «bien común» —pero, ¿cómo algo que yo pudiese llamar realmente *bien* puede ser «común»? Es conclusión obligada que, en ambos casos, no puedo aceptar sin mengua tales valores. Y esta conclusión tiene como corolario ese inmoralismo de que, no sin razón, se me acusa; porque la moral no es otra cosa más que la posibilidad aceptada y venerada de *pensar contra uno mismo*, de juzgarse y sancionarse a uno mismo, de acuerdo con una regla suprema y general: ser moral es admitir la posibilidad de tener culpables remordimientos *por haber hecho algo que realmente se quería hacer* o, aún peor, admitir contra toda evidencia de nuestra carne y de nuestro espíritu, que uno no quiere realmente hacer nunca más que lo que la moral ordena, y que sólo por incidental desvío se infringe la norma.

Si os parece injusto que yo esté siempre de mi lado, que no acate la posibilidad —mejor, la necesidad *social*— de ser mutilado por algo que acepte, contra mí mismo, como venerable, sólo podría responderos con aquellas palabras que repuse a quienes me exhortaban a cambiar de modo de pensar, y que firmé con uno de mis nombres predilectos —Sade—: «Mi forma de pensar es el fruto de mis reflexiones; proviene de mi existencia, de mi organización. No está en mi mano cambiarla; si lo estuviese, no lo haría. Esta forma de pensar que censuráis es el único consuelo de mi vida; alivia todas mis penas en la prisión, compone todos mis placeres en el mundo y me importa más que mi vida. No es, no, mi forma de pensar lo que constituye mi desdicha, sino la de los otros». No podéis

tolerar que yo nunca vaya contra mí y lo comprendo; pues quien no va contra sí mismo, atacará todo el Orden reinante, basado en que cada cual se condene y se rebaje a sí mismo, en que nadie llegue a ser ese hombre completo —no simple especialista en un trabajo determinado— que viviría para sus cumbres, abierto al azar de sus cumbres, y que tendría que ser llamado más que humano. Ninguno de los servidores del orden establecido —menos que nadie aquellos que sirven eficazmente al mantenimiento del dominio con su crítica parcial de pseudoateos, pseudonihilistas o pseudoimorales— puede tolerar un ideal que es mito, juego y goce. Os véis obligados a condenarme porque sabéis que yo nunca me condenaré a mí mismo y creéis que todo hombre debe ser condenado.

Llega el momento de la condena, el momento de esa pena de muerte sobre cuya condición de mal o bien ironizó en otro tiempo el antisofista: era éste un planteamiento propio de su gusto leguleyo, entretenido siempre en lo accesorio, lo superfluo. Hablemos, pues, de la muerte: nadie en el fondo habla de otra cosa. En mi caso, os hablaré de la gozosa imposibilidad de mi muerte, de la dificultad —imposibilidad, más bien— de cumplir vuestra condena capital. Pues quizá hayáis pensado que las proposiciones anteriores eran el fruto de un individualismo exacerbado, de los que se acaban cortando de un tajo la cabeza del individuo hablante; recordad, en tal caso, que el individuo estable, ajusticiable, es creación y reflejo del Dios idéntico por siempre a sí mismo que yo niego, por lo que «individuo» es lo único que nunca tendrá necesidad de ser... al menos el tiempo suficiente para que me cuelguen. No estoy tan cristalizado como para morir, no tengo la suficiente entidad; a falta de títulos académicos o científicos bajo mi nombre —nombre siempre variable, por otra parte— no tengo dónde caerme muerto, lo que no deja de ser una dificultad para morir. Sólo muere ese hombre pequeño que está dispuesto a volverse contra sí mismo, que fomenta y culti-

va la infección que le destruirá; y os diré una cosa, en confianza: ése ¡que muera cuanto antes! El sofista es siempre esa voz que vuelve a través del tiempo que no respeta, voz de todos, voz de nadie, afirmando siempre la subjetividad que en aquel momento se expresa en ella. Es la voz del azaroso momento en que la razón deja de buscar coartadas al mundo y afirma un fulgor insostenible que lo niega todo, las viejas urdimbres que el resentimiento tramó, la sensata dimisión del goce más pleno, más sin nombre, la perpetua sumisión a miseria, trabajo y muerte que los cañones imponen y los teólogos defienden. ¿Es imaginable un día en que tal voz sea la verdadera voz de una comunidad racional? A tal imagen llamamos: *superhombre*.

Al principio puse un nombre a mi voz, Federico el Anticristo, para burlar vuestra espera de una sabia disertación, de uno de esos comentarios pacíficamente eruditos que igualan todo lo que eligen como contenido; quizá creíais —es una ilusión difícil de perder— que veníais a aprender algo, pero yo he preferido obligaros a ser tribunal de un juicio, pantomima de otro célebre que vuestra educación general básica os autoriza a conocer. Pero sólo hablando de mí mismo puedo hablaros de Nietzsche. Porque Nietzsche nunca habló desde *fuera*, como acostumbran a hablaros de él, como quizá quisiérais que yo os hubiera hablado hoy; tal sería la «verdad» de una conferencia nietzscheana: yo os pregunté si os conformaríais con menos de una mentira... ¿no será éste precisamente el veredicto que tendréis que pronunciar? En un principio dije llamarme Federico el Anticristo, pero luego habéis sabido que también quise ser Hípías y Sade; no os faltarán otros nombres que añadir a mi voz sin nombre: el de ese Borges que firma la «Nueva refutación del tiempo» o «El Hacedor», el de aquel Antifón que curaba los males del ateniense que fuese capaz de contárselos, aquel nombre —¡John Silver, John Silver!— gritado por el niño desde la goleta al inaprehensible pirata de una sola pierna que escapaba con su parte del tesoro

o el nombre no recordado del ciudadano que envió su libreta de reclutamiento, minuciosamente bañada en mierda, al Presidente Nixon; y Beckett, y Lovecraft y cualquiera de los esquizofrénicos que balbucean en las jaulas de los psiquiatras, mientras éstos escriben artículos humanistas... Y también vuestros propios nombres y el mío de Fernando Savater, en momentos a los que rara vez somos debidamente fieles.

¿Veis qué difícil es condenar al sofista de los muchos nombres, de los mil instantes, de las mil fidelidades? La muerte no es destino mío, sino vuestro, sólidos y estables ciudadanos responsables; el exilio lo aceptaría gustoso y sin moverme, pues siempre fue mi verdadera patria; y puesto que el dinero es convención y prestigio vuestro, no mío, no hay multa que pueda dañarme. Soy tan vulnerable que ya no se me puede atacar desde ninguna parte; tan fuerte, que debo volver una y otra vez, renaciendo pese a todas las condenas. Pero, sí, ya es hora de que nos marchemos, yo a vivir, vosotros a morir; pero cuáles de nosotros vamos a mejor negocio, cosa es oscura para todo ser, salvo si acaso para el dios que se definió a sí mismo como círculo vicioso...

## EPILOGO DE LA «APOLOGIA DEL SOFISTA»

Varias cosas deberían haber sido ampliadas o, al menos, apuntadas en el texto anterior, según se hizo notar en el coloquio —bastante agitado y no siempre cordial— que siguió a su lectura. No trataré, claro está de recensionar o refutar los ataques personales que se me hicieron; podrían resumirse en la maravillosa invectiva de un espectador: «¡Usted lo que pasa es que es un sofista!»; no se le pasó siquiera por las mientes al buen hombre la ineptitud de utilizar como insulto lo que yo había aceptado como definitorio de mi condición.

El tema del ateísmo en el que *no* me siento incluido recibió un tratamiento más sucinto que el del nihilismo o el inmoralismo: esto se debe, indudablemente, a mi íntima convicción de que este tema es mucho más notoriamente inabarcable que los otros dos. Al hablar del politeísmo no mencioné a *Dionisos*, que pudiera ser considerado por un lector poco agudo como una vuelta del Dios Único —o, mejor, de la unicidad de Dios— al pensamiento nietzscheano. No hay tal: *Dionisos* es la vertiginosa diversidad de máscaras que garantiza *la irreductible pluralidad de lo divino*; a diferencia del hebraico Señor del Jardín, tiene un nombre propio, no sólo pronunciable, sino cantable yailable; tal nombre, de hecho, no se refiere a nada más que a su propia posibili-

dad de ser cantado y bailado, pues no designa ninguna entidad estable e idéntica a sí misma bajo cualquier aspecto: es un nombre destinado al puro goce de convertirse en grito orgiástico, en la canción sin mensaje inteligible-apolíneo en que culmina la exaltación de la fiesta. Despedazado, es comido eucarísticamente por las bacantes, no para conquistar una vida eterna en otro mundo, sino para resucitar cíclicamente en la mortalidad de lo que es mortal, subrayando triunfalmente la inmortalidad del *hambre-deseo*.

Quizá el tema más sugestivo y polémico que la «Apología del sofista» suscitaba, como fue bien visto por mi amigo Pablo Fernández-Flórez, es el de *la retórica*, su alcance y su validez. Alguien dijo allí que el retórico «sólo habla de palabras», queriendo indicar que tal ocupación es ociosa, siendo lo provechoso aconsejar acciones o, aún más, realizarlas; pero ¿acaso puede hablarse de algo que no sean palabras? Quizá el retórico sea quien *recuerde* esto con mayor claridad, mientras que los demás toman frecuentemente las palabras por jugosas rodajas de vida inefable. Al desmitificar las palabras, al mostrar su juego y su relatividad, su contradicción y su límite, se impide que sean tomadas como absolutas: en cuanto son tomadas como absolutas, las palabras se transforman en obstáculos para las dimensiones inefables de la vida —que son quizá las más intensas y las más liberadoras. La retórica desdeña a justo título —por opresora, por *insana*— esa palabra *absoluta* que encandiló a Sócrates y a sus seguidores platonizantes, hasta Hegel (¿o Heidegger?); busca la palabra *absuelta*, aliviada de la responsabilidad de juzgar o sustituir a la vida, buscada fragmentaria, sin más circularidad que la de su libre diferencia que siempre retorna.

La retórica es, indudablemente, una palabra encaminada hacia la acción —y acción ella misma, también— pero no en el sentido de recomendarla o prohibirla (lo que puede hacer a título irónico, a modo de reto o provocación), sino en el de disipar aquellas palabras abso-

lutas, esos discursos pretendidamente cerrados —más reales que la vida misma, diríamos—, que impiden o coartan la acción. Sirve la retórica a la acción barriendo los obstáculos discursivos que obstruyen su camino.

Por otra parte, el sujeto del juego retórico es inasible: la multiplicidad de máscaras, la adopción de papeles alternativos, es consustancial con él. Quizá deba decirse que la retórica es, en un importante sentido, *impersonal*: funciona, no *en* el vacío, sino *en torno* a ese vacío que es su sujeto agujereado, hueco, traslaticio, irresponsable; sujeto quizá no destinado a la acción —salvo a esa acción que es el discurso retórico mismo—, sino más bien destinado a disolverse en esa palabra pautada que abrirá paso a la acción.

Pablo Fernández-Flórez opuso, en su intervención en el coloquio, una filosofía *descriptiva* —de la que la retórica sería ejemplo— a un pensamiento *narrativo*, que correspondería más bien a ese tipo de filosofar *genealógico* que Nietzsche inauguró; la primera giraría en torno al cuerpo tan sólo, mientras que la segunda recuperaría el cuerpo para el discurso mismo. Creo, sin embargo, que el retórico parte de no considerar al cuerpo *nunca* como simple letra en el texto sapiencial —aunque el cuerpo sea contexto, a su vez, de esa letra originaria grabada en el inconsciente— y más bien se empeña en abrir ese hueco, cerrado habitualmente por los discursos pretendidamente absolutos o «plenos», por dónde puede *incorporarse* al texto, *encarnar* en él y asumir el verbo como carne; no se trata tanto de incluir el cuerpo en el texto sino más bien de hacer del texto mismo parte de nuestro cuerpo, por medio de esa operación llamada *estilo*. La relación cuerpo-texto permite consideraciones muy complejas: el texto como *prótesis* que es cultura, pero también *injerto* en el cuerpo que proyecta más allá de la naturaleza y —por tanto— de la cultura, más allá del bien y el mal. La contraposición entre un pensamiento descriptivo y un pensamiento narrativo, apuntada por P. F-F, no me parece insostenible, por ejemplo, al oponer *sistema* y sa-

biduría *interpretativa* o *adivinatoria*, pero no creo que sea válido aplicarla en el caso de la retórica; de cualquier modo, y como sé que P. F-F expondrá pronto de modo más completo y detallado su punto de vista sobre este respecto, creo justo aplazar el diálogo hasta el momento de tal exposición<sup>1</sup>.

Uno de los reproches más generalmente hechos al texto precedente es el de *superficialidad*; en este caso, quizá

<sup>1</sup> Pablo Fdz. Flórez me envía, a este respecto, la siguiente nota:

En la ocasión de un malentendido vano me cederás, Fernando, amigo mío, este margen que no me debes, pero como por subrayar una actitud que, por en el esbozo de tu epílogo, yo mismo ahora como entonces repudio y desheredo.

¿Malentendido?: quiero decir mal oído; oída apenas mi actitud y su voz y ya sospechará un alguno de qué sordina. En donde, si acaso con ella apetecí ensordecera a un público (que fue esperanzador, pero por su número), adelgazada hasta el susurro luego, no se me hizo más que como cera para atenciones sordas y para oídos sordos. Léase entonces esta anotación marginal en el modo propio de quien subraya su voz o, si en lo posible, repara su disminuida habilidad oratoria.

Se trata de un como al error y como en el errar, alucinarios, por entre la oscura grieta que separaría una primera filosofía, a la que nombro narrativa, de una otra que se conviniera con los irónicos ejercicios que son del sofista su oficio o su trabajo en el mundo (o no sé si en Grecia).

Ahora también fue mi voz otra vez y aún (o mucho me lo temo, mi amigo), la que se prestó para la simulación, acaso, de una extrañeza que sin duda extrañó a alguno; consternación que acaricié en razón y en principio de lo postulado como una evidencia allí, el «juicio al sofista», hoy ya al menos curioso por su mera posibilidad —o bien es que se propaga una especie de optimismo en la cultura; ¿cómo se juzgará a éste que nunca destruyó las sacras efigies de los dioses?: aunque él sonría ateísmos, ¿no desmembró de lo viril a muchos Hermes Alcibiades, sin que una blasfemia *activa* así sentenciara su vida de juego de amor y de juego de guerra?; ¿qué juez llevará a juicio al que no conspiró en tiempo alguno contra el poder de la ciudad o contra sus leyes?: y si acaso predicara como algún nihilismo al precio, ¿no lo hicieron ya otros en más

no fuera mero gusto por la paradoja replicar aquello de Valéry: «Lo más profundo es la piel»; y es que se puede desdeñar como «superficial» lo que se pretende inmediato e ignora su inserción en la universal mediación, tal como ocurre con buena parte del «realismo socialista» (en su versión filosófica) y con la casi totalidad de la llamada filosofía analítica; pero a veces se confunde lo profundo con lo que *se ha hundido hasta el fondo* —se

salvajes siglos?; y sólo murió quien quiso inscribirse mártir en la memoria; en fin, ¿qué ley tratará como sujeto a quien la inmortalidad le es en todo ajena?; pues si hablara en lenguas de cualquier inmoralismo, ¿no fue más bien ése que se recrea con la exhibición de su libertinaje, aunque moderado, el favorito de los pueblos? A estos extremos de brutalidad gratuita muy pocas veces se exageró la policía o el Estado, que gusta de la efectividad y del ahorro, aunque no del escrúpulo; y no sé en qué le inquietaría aquel sofista que se nos pintó: que aún tal tiranía pareció tolerar, excepto en los años del terror y de la tortura (pero ésos fueron años de demencia), semejantes gimnasias retóricas o universitarias; porque, castradas de su propia presencia o del acto, vanamente se encaquetaron de Academias en aquel su destierro del sentido.

Tanto más, sin duda, en un hoy como el de hoy —e incluso en el país que los paisanos nombran el ¡qué país!

Conviene por eso atajar de plano y rápido entre la Academia, los Ministerios o la Universidad, y aquel mercado que lo fue para la voz del sofista, para ese verbo que de cierto expuso el asunto aunque el asunto jamás le poseyera. Yo diría que un desfiladero así propuesto tiene que hundirse entre los bostezos, que son lo propio en los barbitúricos discursos, favorecedores y propagandistas de «la virtud que adormece», y una muy otra cima que llamé entonces de la *provocación*. Vereda una de la retórica, indiferente en tanto tal y ciertamente la misma en ambos muros precipitados; — sí, pero nadie me negará que dicha certeza no puede oscurecer como la otra clara intuición por la que nos es dado saber que no habitan un mismo planeta Pedro de Lorenzo y el hermoso Gorgias.

Por lo que yo jamás haría depender una diferencia tan inmediata del mero grado, mayor o menor, en una gramática habilidad, pero en la ausencia académica y en la presencia sofística de un número de bellos ánimos, fuertes por su sonrisa o por su raro humor primitivo.

ha ido a pique— bajo el peso de las interpretaciones establecidas, completas, pretendidamente *objetivas*, cada una supuestamente única y excluyente: recuperar en tal caso la superficie, abrir de nuevo paso a la infinitud de las interpretaciones, repetir las palabras que habían sido excluidas de la problemática *lícita*, es la tarea más humorística y más ligera, más *alta*, más profunda...

Si expresé, por suerte, del tema algún punto crítico, de lo que acaso sugestivo o polémico, fue en la proposición de un doble, y lejano a sí mismo, ejercicio filosófico: una como aridez a lo primero, que con muy clásicas sequedades narra la experiencia (el poder como sentimiento o el dios) en su repetitiva presencia de acto — una música a lo segundo o un *encantamiento* que voca y provoca aquel acto, pero como si, y en tanto que por su mismo abrirse a él. ya él asimilara sí mismo, o la abertura y disposición, que no es sino el allegarse del dios como atravesando su lejanía: y así se diría poder del sofista su lejanía de sí mismo o su libertad en el asunto; un pensamiento, por volver al narrativo que se asienta en su sentido o como en el cuerpo o como en el pensar simple, por primitivo (pues que el pensar es un paisaje que en mí se ve, y que se da el horizonte de mi límite en este verse que es, por él, mi asimilación, cuando cada cuchillo en lance plural de su luz plural, o de su color en armonía de lucha, hiere mi cuerpo en una pupila de fuego que es ella misma el color — pues que es el pensar el encuentro de la carne, como el descubrimiento de la Atlántida o de las Américas, y de la sombra germinante de sus selvas en mí amor, o en ella, para que luego la entrada en Tierra Firme, que parece entonces abovedar y recoger sus oscuridades carnales, se ponga por la carne o por mí de sí misma a sí misma el eyacular en el que retorna a sí o mi meditación, esta infinitud del Amor que ya es inmediatamente pensar) un pensamiento el sofisticado que se distrae en alegre romería, en inquisición de los prados y manantiales adivinados del cuerpo, pero que ya cuando los romeros extienden su talle de gala es hierbal de muchos yuyos en lanza, o espigas libres de cintura que obedecen, curvas, los vientos de la música, y sacan luego la bota, y pueblan el aire de serranos borbollones, en los que el vino brota en tan pura agua que este agua, apenas abre los ojos a la luz, ya gorgotea en una garganta y ya se descubre fuente que extravió a Ponce de León y a Hernando de Soto: y ha tiempo llegaron al prado, mas ellos no lo saben, porque se desconocen y han

En cierto momento surgió la cuestión en el coloquio de por qué empleaba yo la palabra *inmoralismo* para caracterizar una de las acusaciones hechas al sofista, en lugar de *inmoralidad*; mi elección parecía presuponer que existe un discurso sobre la inmoralidad y tal es el caso, efectivamente. El sofista puede adecuar su conducta a las leyes por interés o astucia, o puede violarlas

distraído sus caminos; el dios que les visita es el dios desconocido, un dios que les hace sentir que hay muchos vinos que probar; pero ellos, que creen buscar una satisfacción, se buscan a sí mismos y ya se encontraron desde un principio: por eso el sentido de sus cantos sólo se muestra allí donde ellos no creerían decirlo.

Decía Spinoza que era filósofo porque se aseguraba en el sentido de la palabra; pero no por eso creé de Gorgias que era un hombre indigno. Y sin duda que son conyugales ánimos, aquel de quien se nombra impasible por su fuerte virtud con ese otro que se expresará como su lúcida o delirante interpretación, como la autoconciencia de sí o un valeroso apetito de virtud.

Quizá, y pues que el sentido se engendra en una actividad de la pasión, o en el genio que dice lo experimentado en la experiencia del pensar, sólo en dos modos podría entenderse el filósofo: provocando y, o quizás, narrando el acto.

No proviene de un otro lo real de aquel supuesto peligro en el sofista; tanto más cuanto que, provocando con sus lenguas de immoralista la inmoralidad activa, las danzas plurales, dionisiacas y ebrias, *que son el sentido para el desconocido de sus discursos de medidos acentos*, alarga el poderoso brazo de una burlona política, tanto más intolerable para el político cuanto que en ella sólo una finalidad se proyecta: el riente olvido de todo lo que puede mentarse con la palabra política; por donde y de cierto que corrompe en su moralidad a los jóvenes espíritus — por donde y de cierto a los cuerpos jóvenes en comuna en como habitaciones para el jubiloso amor.

Muy bien me sé hasta qué punto es una tentación el confundir, por lo brumosa, esta insinuación del tema con la propuesta o con la seducción platónica. Confusión que se anega en una total identidad cuando la ironía o la retórica se presuponen como una simple ascesis, sin razón diferente a la expresividad en el fin gozoso de la muy otra, y por fin veraz, acción narrativa: recaída de entonces a los trabajos de ironía y mayéutica, en el donde del más

como cualquier otro ciudadano; lo que interesa desde el punto de vista sofístico es *el discurso que alza contra el discurso moral*: su conducta «moral» —que ya no puede realmente ser llamada así sin abuso— es cosa suya, es decir, de nadie.

Quizá debiera haberse hecho mención en el texto, al hablar de la moral como «pensar contra sí mismo», del

ambiguo delirio o en la mentira de la enseñanza! Pero, en diferencia con el catedrático, y por la propia de especie, *pero su «disponibilidad» no es la retórica en el sofista una indiferencia con el asunto, y es esta condición, su «estar desprevenido», su regalo de aquel juego o música de máscaras en danza.*

Quien así se abre ya no será puesto en el llenarse de lo esperado como por una necesidad: quien lanzó el dado se cumplimentó a sí mismo como a su suerte. Pues no es un medio para otro el sofista, ni es asimismo un fin para sí. Su necesidad es una evidencia que hoy es la necesidad de la crítica a la vez grave y riente, y la necesidad de su paso a lo otro, un azar. Pero el azar no tolera adjetivo alguno.

Quedo entonces, Fernando, sin que me sea en nada posible polemizar con lo que me dices; pues si mencioné una llamada «filosofía descriptiva», lo hice en la referencia a cualquier agregado de creencias que se reclame a sí mismo como «científico», es decir, que pretenda «probar su verdad», no en la evidencia del sentido, o simplemente en el destino del que se da la verdad cuando la expresa, pero en la vana conservación o en la enseñanza; más claramente, en esa positividad de la enseñanza que es en la Universidad su existencia burocrática. Sistemas los que digo que vagabundean a lo que salta por entre los monótonos laberintos de las vías de opinión, ya se digan historicistas o también analíticos.

En todo caso la confusión vicia el comentario que dedicaste a mis palabras, de crítica y también de acuerdo; esto hace imposible la polémica. Y más aún si mi desvanecido susurro pudo acaso, y según parece, hacer brecha o en ti o en esta frase tuya que resume certera y brevemente todo este margen que ya se escribió:

«La retórica es, indudablemente, una palabra encaminada hacia la acción — y acción ella misma también — pero no en el sentido de recomendarla o prohibirla (lo que puede hacer, a título irónico, a modo de reto o provocación)...»

papel central en tal proceso de la *compasión*, que es la solidaridad con la debilidad del débil, o con la parte de debilidad del fuerte, no tanto por puro deseo de prestarle ayuda —como quisiera racionalizarse— sino para condonar de algún modo la propia debilidad del compasivo, subrayándola por *reflejo*. Pero el tema lo he tocado en otro sitio ya<sup>2</sup> y Nietzsche lo estudia de modo casi exhaustivo. En otra de las conferencias del ciclo sobre Nietzsche, bastante desafortunada, Román Gárate planteó el tema de la postura, opuesta según él, que tenían Nietzsche y Marx frente a las masas, frente al «hombre pequeño», entre los cuales y con toda justicia el conferenciante se incluyó: desprecio y repulsa en Nietzsche, compasión y solidaridad en Marx. Fundamentaba Gárate su opinión en la correspondencia de Nietzsche: le habría bastado conocer igualmente la de Marx para saber que su teoría es errónea. Marx también abunda en invectivas contra la masa amorfa, inconsciente, sumisa; a Marx, como a Nietzsche, lo que le interesaba de la masa era *la posibilidad que ésta tiene de dejar de serlo*, y por tanto le desesperaba la condición de quienes, como Gárate, se obstinaban en seguir siendo «hombres pequeños». ¿Acaso no habría suscrito Marx esta frase de Zarathustra: «La grandeza del hombre está en ser un puente y no una meta: lo que en el hombre se puede amar es que es un *tránsito* y un *ocaso*»? No se trata de sugerir uno de esos acercamientos «de urgencia» entre Marx y Nietzsche: quiero aclarar tan sólo que el *populismo* no es buen criterio para juzgar a ninguno de los dos.

<sup>2</sup> En «Cincuenta palabras de Federico Nietzsche», en el volumen colectivo *En favor de Nietzsche*, Taurus, 1972.

## T. W. ADORNO: ESPLENDOR Y MISERIA DE LA FILOSOFÍA UNIVERSITARIA

*humanismo*  
Una de las trampas que el ~~pensamiento filosófico~~ *esquiv* más difícilmente en la actualidad es la del ~~pecado de modestia~~, en contra de lo que ocurrió en otras épocas e incluso de lo que quizá se piensa aún hoy; ~~convicto de ligereza, de vaciedad, de ineficacia~~, el filósofo apenas se atreve ya a arriesgar una palabra propia sin añadir, de inmediato, todo un libro a continuación para excusarse por haberla pronunciado. En un mundo en el que todos saben de qué hablan, o al menos tal se supone, y actúan con envidiable eficacia técnica o política, sólo el filósofo parece vocacionalmente destinado a la ignorancia: es el único que no sabe lo que dice, el obligado objeto de irrisión. Cualquier ciudadano con cierta habilidad para las raíces cuadradas, un curso de física por correspondencia o una razonable interiorización del catecismo del Padre Astete o de Mao, está en situación de poner en solfa toda aseveración filosófica imaginable o incluso de inventarse proposiciones que remeden los modos de la filosofía, pulverizándolas luego hilarantemente para solaz y esparcimiento de su auditorio. Y es que, ciertamente, el texto de la filosofía es involuntariamente humorístico; el tono de sus aseveraciones, la solemnidad de una compostura que promete arreglarlo todo y no sirve estrictamente para nada, su manejo laborioso y sutil de términos que bautizan entidades inobservables, ese referirse a lo in-

*humanista*